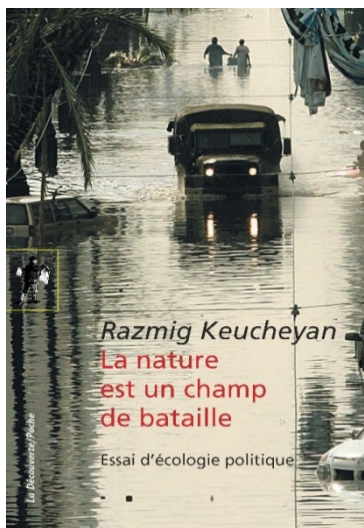


La nature est un champ de bataille.

Essai d'écologie politique



Razming Keuchayen

(2014) *La nature est un champ de bataille.*

Essai d'écologie politique, Paris, La Découverte.

Robin LARSIMONT

Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA) del Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
rlarsimont@mendoza-conicet.gob.ar

Esta convocatoria me permitió volver a leer el libro del sociólogo Razmig Keuchayen
La nature est un champ de bataille. Essai d'écologie politique, inicialmente editado

en el año 2014 y traducido al castellano dos años después como *La Naturaleza Es Un Campo De Batalla. Finanzas, Crisis Ecológica y Nuevas Guerras Verdes*. El título original puede a primera vista sorprender el lector interesado en—deslindar los contornos de este amplio y polifacético campo de la Ecología política. Al contrario, lejos de proponer una definición o de repasar la conformación de este ecléctico campo, actualmente en un momento de ebullición y maduración, el autor lo moviliza más bien como un gran paraguas debajo del cual va tejiendo sus argumentos en torno a su tesis de una naturaleza como “campo de batalla”. Marca sin embargo el tono, y desde la primera página, al introducir el episodio de una movilización contra la instalación de una descarga de desechos tóxicos en el condado de Warren (Carolina del Norte, USA) donde la población potencialmente afectada resultó ser mayormente afrodescendientes. Moviliza este caso para posicionarse y llevar la contraria a una opinión bien anclada en la actualidad y que sostiene que “con el objeto de regular el problema del cambio ambiental, la humanidad debe superar sus divisiones”. Frente a este consenso dominante sobre la crisis ambiental -donde no habría botes salva vidas ni para pobres ni para los ricos- y que tiende a recibir el apoyo de personalidades como Yann Arthus-Bertrand o Nicolas Hulot¹ en Francia o sus equivalentes en otros países, Razmig Keuchayan postula que “La naturaleza no escapa a las relaciones de fuerza sociales” y que “es la más política de las entidades”. Con esto no se enmarca tampoco en la tesis latourianas en torno a las *Politiques de la nature*, que de paso tilda de epistemología “pragmatista” incapaz de dar cuenta de la índole sistémica y conflictiva de las desigualdades ambientales. Al contrario, en esta contribución Keuchayan parece abordar este campo de batalla movilizando la amplia y ecléctica caja de herramientas —esencialmente marxista- compilada en una de su obra anterior *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos* (2010).

Si la traducción del título al español omite —según la editorial (2016a.b)- la referencia a la Ecología política, no evidencia tampoco la clara organización del libro en tres bloques y capítulos: El racismo ambiental, la financiarización de la naturaleza y la

¹ Ecologistas franceses conocidos por su empeño en sensibilizar a la opinión pública sobre las cuestiones ambientales. El primer a través de imágenes aéreas como fotógrafo, y el segundo como animador de televisión y más recientemente político.

militarización de la ecología. El libro y cada uno de estos tres bloques abundan en ejemplos y casos de estudios por lo cual en esta reseña, trataremos de sintetizar algunos argumentos resaltando solamente algunos casos llamativos.

En el primer capítulo, titulado "racismo ambiental" se aborda en profundidad la temática ya adelantada por el episodio de Warren. Constituye el principal pilar en torno al cual el autor busca de-construir la idea que la humanidad padece uniformemente las consecuencias de la crisis ecológica. La naturaleza, cuya ontología (política) es altamente problemática se tiene que concebir en una relación dialéctica o como "interseccionalidad" entre raza, clase y género. En particular este capítulo profundiza la intersección entre raza y naturaleza, y arranca recordando la casi completa ausencia de la dimensión racial en las preocupaciones ambientales de importantes movimientos ecologistas. Desde este ángulo y dentro de lo que Robert Bullard califica de elitismo ambiental, apunta que "el color de la ecología no sería el verde", [sino más bien] "el blanco". En esta primera parte, el autor nos sumerge sucintamente en la poderosa concepción del *wilderness* -indisoluble de la históricamente concomitante *whiteness*- y que desde finales del siglo XIX hasta las décadas 1960 y 1970 se constituyó como cimiento, incluso lema, de varias instituciones y personalidades preocupadas por los problemas ambientales. Según el autor, "explicar la persistencia del racismo ambiental en el mundo social contemporáneo supone reubicarlo en una perspectiva histórica, una perspectiva de larga duración". Por lo tanto para construir esta arqueología del racismo ambiental no sólo moviliza herramientas del materialismo histórico en torno a la tesis de una naturaleza producida sino que también escava ampliamente en la historia ambiental, la justicia ambiental y climática, y en estudios post-coloniales. Del huracán Katrina hasta la exportación del modelo americano de gestión de parque naturales, pasando por casos de saturnismos en las *banlieues* francesas, entre otros muchos temas, el autor desentraña la espacialidad del racismo y como se constituye como una forma de desigualdad ecológica.

Ahora bien y con esta pregunta se introduce el siguiente bloque, "¿qué medios pone en práctica el capitalismo para amortiguar o administrar los conflictos que resultan de desigualdades ecológicas, en particular cuando se intensifican debido a la crisis ambiental"? Formulada de otra manera se pregunta ¿cómo el capitalismo consigue

producir “anticuerpos” a las crisis que el mismo genera y que no solo le permite amortiguar sus efectos sino también sacarle provecho?

El capítulo 2 titulado *Financiarizar la Naturaleza* tiene por objeto uno de esos “anticuerpos”: *El seguro de los riesgos climáticos*. Retomando de alguna manera la tesis del geógrafo Neil Smithen torno a la idea de que hoy más que nunca, la naturaleza es para el capitalismo el objeto de una estrategia de acumulación, Razmig Keucheyan hace del seguro una pieza central en este dispositivo. Es más, según este último el seguro sirvió históricamente para reconciliar dos características contradictorias del ambivalente sistema capitalista, la inestabilidad y la estabilidad. En particular, como recuerda, el vertiginoso aumento de los flujos de bienes y personas desde el siglo XVI con la expansión del capitalismo dio paso a una sofisticación crecientes de las técnicas de seguro. Para enfatizar el carácter codiciado y especulativo de este sutil cálculo arranca esta segunda parte con el triste episodio del Zong, un barco negrero donde se arrojó por la borda a 133 esclavos en 1781 esperando beneficiar una indemnización. Ahora bien, aunque insiste sobre su origen antiguo y recuerda algunos principios clave del seguro en general, el capítulo se centra sobre la reciente proliferación de productos financieros centrados sobre la naturaleza que apuntan a amortiguar o gestionar turbulencias económicas y sociales, resultante de la crisis ecológica. Su perspectiva histórica lo lleva a establecer similitudes entre antiguos mecanismos (como “el préstamo a la gruesa ventura” del comercio triangular) y mecanismos más recientes en torno a posibles catástrofes naturales, como los *cat bond* aparecidos en los 90. Estos bonos, cuyo caso es meticulosamente desarrollado en este capítulo, “atañen a una catástrofe natural que aún no ha ocurrido” pero de la cual se anticipa posibles estragos materiales y humanos. El objetivo de los *cat bonds* consistiría en dispersar riesgos naturales (pero también algunas pandemias gripales) en el tiempo y en el espacio de manera de volverlos financieramente insensibles. Más concretamente funcionan cuando ciertas instancias (aseguradora, reaseguradora, Estado, etc..) emitan bonos por intermediario de un banco de inversión y que son vendidos a inversores. Mediante una bolsa de intercambio estos inversores pueden hasta diversificar sus carteras de inversiones al no poner “todos los huevos en la misma canasta” sino al contrario diversificando entre posibles temblores californianos, huracanes caribeños o tsunami en el océano indico. Como especifica el sociólogo, debido al carácter

imprevisible de las catástrofes naturales ciertas agencias de modelización se volvieron actores claves del dispositivo de los cat bonds. Al contratar investigadores en ciencias naturales -oceanógrafos, climatólogos, pero incluso historiadores, estas agencias buscan desentrañar las imprevisibilidades de la naturaleza al servicio de su financiarización. A su vez, como bien resalta el autor la importancia de esta modelización en el funcionamiento de las obligaciones catástrofes remite a un mecanismo crucial en la formación del valor capitalista, a saber la abstracción, y en particular la "abstracción real" en jerga marxista. Desde la mirada crítica del autor, el capitalismo, con el objeto de trascender la singularidad de los múltiples usos, debe poner en práctica tres poderosas operaciones de construcción, desacople y calculabilidad. Para designar la manera en que la naturaleza se (re)construye por el proceso de financiarización y la creciente mercantilización por modelización (model-driven commodification) remite al concepto de naturaleza derivada (Bucher, 2010 citado en Keucheyan, 2018). Ilustra juiciosamente este proceso de (re)construcción y de formación de valor capitalista con el caso de los "mercados de carbón". Esos derechos a contaminar, que se sustentan en un sistema de cuotas y de intercambios de gases invernaderos (*cap and trade*) o por un sistema de compensación (*offset*), ilustran según el autor casos de "nuevas *enclosure*". Este ejemplo le permite también recordar otro actor de peso en el proceso de mercantilización de la naturaleza: el Estado. Este último, "Ya sea nacional o supranacional, [tiene un] papel decisivo en la emergencia de estos mercados, puesto que es él quien instala el dispositivo sociotécnico y la contabilidad que permite su funcionamiento [...]". Ahora bien, si el Estado organiza la naturaleza y la pone a disposición del capital, sirve a su vez para amortiguar la relación capital-naturaleza. Ilustra este papel intermediario haciendo alusión al punto de fusión entre crisis ecológica y crisis financiera a través de la creciente financiarización del seguro de catástrofes naturales por ciertos Estados vulnerables.

El capítulo cierra insinuando la presión al alza del capitalismo sobre sus condiciones de producción, en particular en referencia a la Segunda contradicción del capitalismo de O'Connor. Ahora bien, en la línea de Neil Smith, el autor enfatiza al contrario que el capitalismo produce anticuerpos -como la financiarización- y que puede sacar provecho de la crisis ambiental en curso.

Siguiendo el razonamiento del autor, otros mecanismos del sistema capitalista para precaverse de la crisis ecológica nos saltan a la vista: las guerras y operaciones militares. Es el objeto del tercer capítulo y hace resurgir claramente el doble sentido del título del libro. La Naturaleza, más allá de una batalla ontológica y epistemológica, es literalmente un campo de batalla. Efectivamente si se presenta como el teatro de enfrentamientos entre actores de intereses divergentes, desde movimientos sociales a Estados pasando por mercados financieros, es también el campo de intervención de los ejércitos. La naturaleza conforma incontestablemente el terreno de *guerras verdes* y de una *militarización de la ecología*, auténticas traducciones a la lógica guerrera, de la crisis ecológica.

El sociólogo nos recuerda que la dialéctica entre la conservación y la destrucción, que opera desde tiempos remotos, se encuentra en el corazón de la construcción militar de la naturaleza. Por un lado, y desde las tácticas militares, sacar provecho de un ecosistema natural (como son los bosques) o al contrario aniquilarlo (con un bombardeo de Napalm en Vietnam por ejemplo) para perjudicar al enemigo son prácticas habituales. Por otro lado, la guerra conformaría para el capitalismo ese cómplice de “destrucción creadora” de la naturaleza. Al destruir literalmente capital, la guerra permite también reactivar la acumulación sobre nuevas bases. En esta óptica también, la reducción de ciertas oportunidades de beneficio para el capital o la necesidad de asegurar el control sobre la extracción y la circulación de recursos son claramente y cada vez más motivos de intervenciones militares.

Ahora bien, si la explotación capitalista de la naturaleza condiciona la crisis ambiental influencia también la evolución de los conflictos armados. El Estado en general, pero los ejércitos en particulares (los grandes ejércitos del planeta, con EEUU a la cabeza) son las primeras en líneas, para gestionar y sacar provecho de estas "externalidades negativas". En este capítulo el autor pone a disposición una amplia literatura militar dando cuenta que los militares son cada vez conscientes de esta imbricación entre ecología y guerra, y en particular del cambio climático, ya que puede afectar “el medio ambiente operativo” en el cual intervienen. Recuerda oportunamente que los ejércitos son organizaciones “cognitivas”, que amasan o producen una significativa cantidad de datos -como las sociedades aseguradoras- y que el control de esta información se convirtió en un desafío mayor en un contexto de cambio ambiental. Al desentrañar tácticas militares o grandes tendencias político-

militares a escala mundial, y movilizándolo casos que van del ambientalismo o “conservación caqui” hasta una geopolítica de los polos, este capítulo refrescaría desde una sociología ambiental un clásico de la geografía (cf. Yves Lacoste). Conformaría en sí mismo algo así como *Cuando la ecología sirve para hacer la guerra*.

Antes de cerrar esta última parte el autor se remite a la teoría del *spatial fix* de David Harvey, y con esto une estas lógicas de militarización y financiarización de la crisis ecológica, desarrolladas en los capítulos II y III. En este esquema estas dos lógicas se confirmarían precisamente como modalidades de esa maniobra (ese *fix*), la cual permite momentáneamente el escape de una situación de crisis en el espacio y su postergación en el tiempo. De hecho no es de extrañar que el libro concluya -de manera algo pesimista- retomando ese epígrafe de Walter Benjamin, que ya figuraba en su introducción; “El capitalismo no morirá de muerte natural”. No lo hará por la simple razón que no solo “tiene los medios de adaptarse a la crisis ambiental” y demuestra una “asombrosa resiliencia” sino que además es capaz de sacarle provecho.

A pesar de que la multitud y diversidad de temas abordados en este libro pueden marear al lector, Razmig Keucheyan consigue sin embargo darle una gran coherencia a su obra, tejiendo vínculos argumentales y evidenciando similitudes en los procesos/eventos analizados, tanto en el espacio como en el tiempo. A su vez, el hecho de no buscar precisamente definir o posicionarse al respecto del campo de la ecología política, parece funcionar a su favor. Efectivamente, al recurrir a múltiples disciplinas y movimientos (estudios poscoloniales, justicia ambiental y climática, historia ambiental, etc..) y al rescatar interconexiones o retroalimentaciones entre comunidades lingüísticas habitualmente confinadas, su libro consolida y robustece el campo de la ecología política al desregionalizarlo.

En su famosa antología Paul Robbins recurre a una metáfora para caracterizar dos principales misiones de la Ecología política. Por un lado, el “hacha” [hatchet] como símbolo de la mirada crítica sobre lo que llama las “ecologías apolíticas”, o sea una herramienta para de-construir determinados discursos hegemónicos. Por otro lado, están las “semillas” [seeds], entendidas como la búsqueda de vías alternativas (Robbins, 2005: 12-13), o sea la voluntad de ir construyendo políticas de reapropiación de la naturaleza. *La Naturaleza como campo de batalla* se posiciona

claramente del lado del hacha, al de-construir explicaciones o escenarios que escapan a las relaciones de fuerzas sociales, sean empapados de neomaltusianismo, de wilder-whiteness, de eco-nacionalismo, de eco-modernismo o greenwashing. Deja, sin embargo clara la capacidad de agencia que tienen ciertos movimientos sociales en pos de la justicia ambiental. Y todo parece indicar que en su último libro titulado *Les besoins artificiels: Comment sortir du consumérisme*, Keucheyan, profundizará el lado de las “semillas”.

BIBLIOGRAFÍA

Keuchayen, R (2010). *Hémisphère gauche. Une cartographie des nouvelles pensées critiques*, Paris : La Découverte.

Keuchayen, R (2014). *La nature est un champ de bataille. Essai d'écologie politique*, Paris : La Découverte.

Keuchayen, R (2016.a). *La naturaleza es un campo de batalla: finanzas crisis ecologica y nuevas guerras verdes*. Buenos Aires:Capital Intelectual

Keuchayen, R (2016.b). *La naturaleza es un campo de batalla: ensayo de ecología política*. Madrid: Clave Intelectual.

Keuchayen, R (2019). *Les besoins artificiels : Comment sortir du consumérisme*, Paris : La Découverte.

Robbins, P. (2005). *Political Ecology: A critical introduction*, New York: Blackwell

EL AUTOR

Robin LARSIMONT es Doctor en Geografía por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y se desempeña como Becario Postdoctoral en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina (CCT Mendoza). Obtuvo una maestría en Ordenación Territorial y Desarrollo Local en la Universidad de Sevilla (US) [Ms], y se graduó en Sciences Géographiques [Ms] en la Université Libre de Bruxelles (ULB). Su investigación inspirada en la ecología política, se centra en los procesos de acaparamiento de tierras y agua en zonas de agricultura de oasis del oeste argentino. Ha obtenido becas de estancias internacionales y ha participado en varios proyectos de investigación sobre la gestión del agua en espacios rurales en Argentina, Perú, España, Bélgica y Marruecos. Ha publicado artículos en revistas científicas y periódicos de Europa y América Latina.

rlarsimont@mendoza-conicet.gob.ar